

INCULTURACIÓN: ¿UNA CUESTIÓN SUPERADA?

Jesús Tapuerca

Las modas no suelen ser permanentes, surgen y acaban por desaparecer. Sólo basta un cierto grado de observación y perspicacia, cultivar la espera y la moda dejará de ser atractiva y será abandonada por la mayoría que la había adoptado. En nuestro mundo, donde el hechizo del mercado alcanza niveles de exquisitez, las modas son cuidadosamente programadas, divulgadas con gran técnica publicitaria, siendo a menudo bien recibidas por la sociedad, donde se valoriza el gusto por probar y experimentar.

En una mirada superficial, pareciera que la inculturación es una cuestión superada, algo pasajero, o en proceso de marginación. En los años 70 del pasado siglo comenzaba a proponerse esta palabra, primero en el campo filosófico-antropológico y, más tarde, se adopta en lo teológico. La década de los ochenta y primera mitad de los noventa vive en su fase de estímulo y divulgación, provocando un conjunto de reacciones ya de acogida entusiástica, como de cierto recelo o expectativa no exenta de resistencia. En los últimos años las voces se van recortando, limitándose el entusiasmo. No obstante, en los documentos eclesiales, tanto del Magisterio como de conferencias episcopales, iglesias locales, sínodos regionales, vida consagrada... se continúa mencionando, pero sin encontrar una correspondencia en la práctica evangelizadora. Surge entonces la duda. ¿Habrà pasado el tiempo de la inculturación?

Se cumplen diez años de haber sido publicada la Carta Pastoral *500 años sembrando el Evangelio*. ¿Qué respuesta han encontrado sus orientaciones en las iglesias particulares de Guatemala? ¿Por qué observamos una actitud más bien ambigua y diletante? ¿Qué arraigo y qué compromisos ha tenido y supone la exigencia de una fe, evangelio e Iglesia que se interesan por la inculturación? ¿O será que al entusiasmo inicial le seguiría una fase de aquietamiento para remansar y discernir la exigencia? ¿Hasta dónde la inculturación es una moda o necesidad para la vida y la misión? Vamos, en fin, en esta reflexión a compartir inquietudes y propuestas en torno a estos interrogantes.

Pensamientos sueltos para reconocer la realidad

- El temor a lo desconocido es una reacción muy humana. El desafío de la inculturación ha provocado en muchas personas este sentimiento.
- La sospecha ante lo nuevo estimula en las instituciones cierto grado de resistencia y freno. No olvidemos que la inculturación del evangelio demanda una fuerte carga de novedad, en cuanto hace visible formas nuevas de vivir, expresar y celebrar la fe.
- El desajuste entre el discurso, la palabra y la praxis en el horizonte e historia inmediata de la inculturación es una cuestión que nos ha de interpelar como Iglesia. La teología va significativamente más adelante que el proceso prático, en un desafío donde la teología ha de reflexionar sistemáticamente desde la experiencia y realización de la vida cristiana.
- La conversión eclesiológica que demanda la inculturación, y que afecta al ser y quehacer de la Iglesia, ha traído consigo una carga excesiva de prudencia. No es tan plausible en nuestras iglesias locales la opción por las culturas como lugares de encuentro y realización del evangelio. Aún se detectan paralelismos entre fe y culturas en la vida y misión de la Iglesia.
- Con frecuencia se confunde inculturación con expresiones superficiales o esfuerzos poco discernidos de relación fe-culturas, especialmente en el campo celebrativo -vg. préstamos de signos, expresiones rituales, utilización de lenguas vernáculas, etc....-. Sin embargo, la reexpresión inculturada de la fe es de naturaleza profunda, integral y procesual (cfr. J. Pablo II: R. Missio). El Concilio Vaticano II (G. S. 44) hablaba de “vivo intercambio”; “relación con las raíces y fuentes de sentido”, añade Pablo VI (E. N.).
- Las identidades culturales de los pueblos son “campo de Dios, donde el Espíritu activa y compromete a la fe, a la Iglesia y a la proclamación del evangelio”. El Verbo legitima la validez de las culturas en orden a una necesaria y recíproca relación con la fe. El alcance de la categoría “semillas del Verbo” mantiene vigente la exigencia de su discernimiento y legitimación en la diversidad cultural y religiosa.
- No es justo hablar de inculturación si la Iglesia no promueve, en primer lugar, el diálogo múltiple dentro y fuera de la institución. Este diálogo exige a la misma Iglesia un SI a las culturas, experiencias y formas religiosas, sano y legítimo pluralismo, derecho de las colectividades a la verdad sembrada, roturada y cosechada en la diversidad humana.
- Fomentar la creatividad y las experiencias pro-inculturación de la fe en la diversidad cultural es un criterio necesario. La encarnación y reexpresión no se logran por principios teóricos universalistas, magisteriales, sino en la docilidad al Espíritu, en la confianza y capacidad de los pueblos con el actuar de las iglesias locales. La auténtica vía a la inculturación se distancia de una mentalidad universalista homogénea, para apostar por una comunión respetuosa de las diferencias, como formaciones integrantes de la unidad de la Iglesia y de la fe. Apunta claramente hacia el derecho de los sujetos culturales en la configuración de la fe, de las singularidades en un contexto global y universalista.
- Son pocas las iglesias locales seriamente preocupadas por la dinámica de la inculturación. La teología de la Iglesia-Comunión precisa aún de discernimientos y sistematizaciones más propositivas. Valga señalar las

cuestiones de la colegialidad episcopal, la teología de la iglesia local, la unidad de la diversidad, la teología de la misión desde la perspectiva de las identidades culturales...

· La inculturación, en fin, no es una cuestión fácil, superficial, casual o de carácter temporal. Está en la misma entraña substantiva de la Iglesia, como sacramento de Cristo en el mundo. Es hermoso que en nuestro tiempo comencemos a hacer conciencia de ello y rescatemos este rasgo de la fe cristiana. Siguiendo la orientación de Juan Pablo II, la inculturación es un desafío para nuestro tiempo: "No tengais miedo". "Remad más adentro". Es una llamada para seguir insistiendo en asumir sin temor y con decisión este reto (*Novo Millennio Ineunte*).

Interpelados por el apóstol Pablo

La teología de la inculturación ha considerado el misterio de Cristo/Encarnación/Pascua/Pentecostés como el hilo conductor y paradigma de la encarnación/inculturación de la Iglesia. En los evangelios encontramos inspiraciones suficientes para sostener su obligatoriedad, pero es en las Cartas Paulinas y en el libro de los Hechos, donde poseemos luces e indicaciones más precisas.

Detengámonos en I. Cor. 9, 16-23.

Porque si predico el evangelio, no tengo de qué sentir orgullo, es mi obligación hacerlo. Pues ¡ay de mí si no evangelizare! Si hiciere esto por propia voluntad, merecería recompensas, pero si lo hago por mandato, cumplo con una misión que se me ha confiado. ¿Cuál es, pues, mi recompensa? Que predico el evangelio y lo hago gratuitamente, no haciendo valer mis derechos por la evangelización. Libre, de hecho, como estoy de todos, me hago esclavo de todos para ganarlos a todos. Con los judíos me hago judío; con los que están bajo la ley, como quien está bajo ella, sin estarlo, para ganar a los que están bajo la ley; con los que están sin ley, como quien está sin ella, para ganarlos, yo que no estoy sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo. Con los débiles en la fe me hago débil para ganar a los débiles, me hago todo para todos, para salvarlos a todos. Todo lo hago por el evangelio, para participar de sus bienes.

En el contexto de la evangelización San Pablo plantea la misión como una obligatoriedad gratuita: "Pobre de mí si no anuncio el Evangelio" (v. 16): obligatoriedad, por ser una exigencia substantiva de la fe, que debe ser proclamada, aceptada y vivida, y de una "buena noticia" que va más allá de las palabras y se visibiliza en la realidad práctica (cfr. Lc. 4, 16-22); gratuita, que refleja su condición de "don", de dar y promover vida en abundancia. El apóstol reitera la exigencia de evangelizar y rechaza la recompensa para así reafirmar dicha gratuidad. Es, en fin, la convicción de una "Palabra que tiene fuerza y es eficaz por sí misma". Es un anuncio, una proclamación que se encarna y redimensiona la vida misma desde su raíz. El apóstol no busca sus derechos, su preocupación es el arraigo y la vitalidad de la Palabra.

Pero este anuncio no violenta o desplaza las formas de vida donde se proclama e inserta. San Pablo testimonió su modo apostólico de anunciar, en continuidad con el de Cristo (cfr. Fil. 2, 6-11), utilizando el mismo término "esclavo" (v. 19), para indicar el espíritu, la actitud y la realización práctica del anuncio y arraigo de la buena nueva de Cristo. La misión ha de ser realizada, en consecuencia, en la dinámica cultural del recipiente, del destinatario y no de quien proclama; y así el evangelio, la fe manifestará la bondad, la gratuidad de Cristo, la docilidad y obediencia de la Iglesia en la misión, así como la urgencia misionera y configuración pastoral.

La misión, como razón de ser y vínculo de identidad de la Iglesia (cfr. E.N.) no tiene otro camino que el de la encarnación en las matrices culturales, en las fuentes de sentido, en los juicios de valor que cada pueblo en su cultura se da a sí mismo para vivir y desarrollarse como tal. Es muy cierto que la Iglesia en su historia misionera ha ignorado singularidades culturales, ha reprimido y perseguido creencias, tradiciones y rituales, ha impuesto modelos particulares de cultura identificándolos equivocadamente como verdad para todos. La Iglesia, después de veinte siglos de camino, ha introyectado un modo universalista de presencia y diseño de su identidad, como institución, e incluso de proclamar, celebrar, organizar estructuras y manifestar la frescura y novedad del evangelio. Y en nuestra época, cuando toma conciencia de nuevo del alcance y sentido de su catolicidad, ha de ir asumiendo en la práctica que la universalidad del mensaje de la fe, que el proyecto cristiano se teje en la pluralidad de expresiones y configuraciones inculturadas; que el diálogo es lengua de misión; que la imposición y el dominio dejan lugar a un nuevo posicionamiento en la realidad humana diversa; que está en el mundo para facilitar el evangelio de la vida y no para construirse a sí misma.

Todo esto exige una nueva "visión" de la realidad que sintonice con una nueva "misión", una nueva espiritualidad de inserción y de reexpresión evangélica, en la perspectiva del apóstol Pablo, más allá de la simple "plantatio Ecclesiae".

La inculturación no es una cuestión superada, sino más bien no asumida formalmente. Hay necesidad de seguir insistiendo en asimilar esta exigencia de la fe y de la misión. Una Iglesia que no se interesa y esfuerza en ello se queda a medio camino, en cuanto limita la comprensión del misterio de Cristo, de la misión evangelizadora y de la naturaleza de la Iglesia como sacramento. Esta acogida del reto inculturador tiene carácter de urgencia y no puede ser considerada como opcional. Parafraseando el sentimiento del apóstol Pablo: "¡Ay de mí si no evangelizare!", podríamos decir: "¡Ay de la Iglesia si no asume en verdad encarnarse e inculturar la fe!"

Más allá de los propósitos

Reconociendo, en consecuencia, la necesidad y obligatoriedad para la Iglesia de hacer visible la inculturación en la pluralidad y comunión de iglesias locales, queremos ahora insinuar algunos criterios de camino y de acción.

a. Valorar y legitimizar la pluralidad en la Iglesia.

La Iglesia debe aprender y configurar la pluralidad, como expresión substantiva de la persona humana y la sociedad. Hay que ir “más allá” de las palabras, de los pronunciamientos o del discernimiento teológico. El pluralismo requiere audacia y valentía en la práctica, tanto en la iglesia universal, como en las iglesias locales. La realidad de los hechos, las normas disciplinarias en los campos de la catequesis, liturgia y ministerialidad parecen reflejar una tensión entre universalismo y exigente diversidad. Hay que avanzar en la comprensión y realización de la “unidad en diversidad”. Es necesario desarrollar una auténtica corresponsabilidad en los distintos niveles de la comunión eclesial. Se perciben, a menudo, temores y miedos a desencadenar experiencias de pluralismo, socializar las experiencias discernidas en las iglesias locales. La realidad, plural en sí misma, obligaría al replanteamiento canónico, relaciones intra e inter iglesias locales en la comunión de la Iglesia para ir tejiendo la diversidad en comunión. La Iglesia manifiesta una carga excesiva de prudencia, mezclada de sospecha en esta perspectiva de que hablamos. La refrescante eclesiología de Comunión puede provocar ciertas atrofiaciones y paralizaciones, si no se dan pasos significativos en la práctica.

b. Afirmar decididamente la dignidad y la participación de los pueblos con sus culturas.

El Concilio Vaticano II destacó el valor de las culturas y su necesaria relación con la fe. El Magisterio posterior fue ampliando la categoría cultura a la diversidad, hasta referirse a la inculturación (Juan Pablo II en C. Tradendae y R. Missio). La teología de la cultura ha tratado de desarrollar la dimensión cristiana y revelativa de las formaciones culturales, rescatando la categoría “semillas del Verbo”, hasta sostener que las culturas pueden dar aportes a la Iglesia y al evangelio en una relación de reciprocidad. No obstante, tampoco en este aspecto hay indicios claramente prácticos de una afirmación de las culturas. Los procesos de valoración y de relación en la estructura y misión tropiezan con directrices y políticas que tienen sabor a uniformidad o recortan experiencias. Los procesos son cautelosos. El valor de las culturas demanda a la Iglesia una auténtica afirmación de éstas en la práctica evangelizadora, más allá de los discursos y propósitos.

En el caso, por ejemplo, de Guatemala, ¿cómo están promoviendo las iglesias particulares desde las culturas una pastoral plural y legitimadora de las identidades? ¿Qué lugar ocupa la pastoral indígena en los planes diocesanos, donde existen pueblos mayas? ¿Cómo están las iglesias estimulando la conciencia de las identidades para un diálogo con la fe en la vida y misión? ¿Qué puentes de diálogo se están promoviendo en los campos de la cultura? Bien vale la pena plantearse estos interrogantes como examen de conciencia y definición de caminos.

Los pueblos con sus culturas tienen que ocupar la “casa grande” cálida, fraterna y plural de la Iglesia, legitimar y asumir los valores, los espacios de la humanidad que los sujetos culturales viven en su cotidianidad. La misión no es imponer nuevos valores, extraños al lenguaje y a la espiritualidad de los pueblos, sino más bien iluminarlos con el evangelio para adquirir una mayor dimensión de su dignidad humana con la gracia de Cristo y enriquecer así la comunión eclesial. Los pueblos, con su identidad propia y la fe en Cristo, se convierten en sujetos activos de la configuración de las iglesias locales autóctonas.

c) Inculturar la fe es tarea de todos y afecta a todas las iglesias. Juan pablo II es claro al afirmar lo primero (cfr. R.M.). Es la comunidad cristiana, la iglesia local, el sujeto primario (Tapuerca 1996: 56-58) y no puede ser la inculturación función de especialistas. De aquí se deriva la exigencia primaria de consolidar comunidades cristianas sólidas, corresponsables y reflejo de la diversidad plural de vocaciones, servicios e identidades. La inculturación requiere de este participativo y articulado tejido comunitario. En antropología se afirma que son los pueblos, con su cotidianidad, quienes sostienen las culturas, fortalecen sus identidades y son capaces de obrar y asumir cambios. Sin la participación de los sujetos culturales no podrían activarse los procesos hacia la reexpresión de la fe en la vida de las iglesias locales. Pero habría, entonces, una tarea concomitante. Nos referimos al desarrollo de una educación de la fe que asuma la cultura, la autoestima de la identidad propia, el reconocimiento de sus valores y su promoción en la catequesis, en celebración, en el servicio ministerial. Estimular el proceso inculturador es promover agentes culturales conscientes de su fe e identidad. La educación de la fe tendrá que ir adentrándose en la entraña de las culturas y no, como sucede a menudo, distanciando a las personas de sus fuentes de sentido como pueblo.

En Guatemala, cuando se habla de inculturación, pareciera que se hace mención de los pueblos indígenas y cuando se habla de la Iglesia en su totalidad y comunión, se piensa únicamente en las iglesias jóvenes o en las que están en proceso de constituirse. Advirtamos que el Magisterio de Juan Pablo II, así como organismos cercanos a la pastoral de la cultura –Consejo Pontificio de la Cultura– nos están ayudando a corregir esta visión limitada. La inculturación es exigida a las iglesias más antiguas, a las comunidades con colectivos socioculturales que no tienen definida y diferenciada su identidad, como es el caso de los pueblos mestizos o ladinos de Guatemala, a las iglesias jóvenes y a los proyectos de *Missio ad gentes*. La inculturación es exigencia de toda iglesia local y de las comunidades cristianas que la integran con sus identidades, de las iglesias locales en calidad de minorías cristianas. Que en Europa se hable poco de esta exigencia, no exime de su compromiso^{1[1]}.

El acompañamiento eclesial de las identidades culturales adquiere importancia urgente ante el fenómeno cada vez más amplio de la migración y movilidad humana, de la intercomunicación de identidades culturales en contexto global, el horizonte de reformulación de los colectivos socioculturales –especialmente en algunas regiones del mundo–, su convivencia pacífica y otras diversas situaciones. Desde allí también es importante el cultivo y educación

de la interculturalidad dentro y fuera de la Iglesia; del diálogo entre los grupos sociales para la construcción de una sociedad que valore y respete las diferencias.

d) Acompañar el proceso de encarnación y reexpresión de la fe con una nueva metodología y mística de situación y de acción. La llamada a la Nueva Evangelización hace énfasis en “nuevo ardor, nuevo método”. Es evidente que la eclesiología de comunión y sacramentalidad de la Iglesia encuentra en la categoría “diálogo” una herramienta imprescindible. El diálogo condiciona a la Iglesia en la adopción de formas nuevas de ubicación y realización de su misión pastoral. Los espacios ecuménicos e interreligiosos pueden ser ocasiones para la Iglesia en orden a una revisión, como también de compartir y buscar junto a otros la verdad de Dios y del ser humano, hacer la verdad y colaborar en la humanización de la vida, junto a otras experiencias y configuraciones religiosas y cristianas. Sin embargo, el diálogo no es sólo hacia fuera –iglesias cristianas, otras religiones...-, sino al interior de la propia Iglesia, como anteriormente indicábamos –vocaciones, servicios y ministerios, identidades culturales, iglesias locales-. Así que el diálogo pide nuevas actitudes, nueva mística: empatía, escucha, valoración, compartir la experiencia religiosa, etc...

Desde la categoría “diálogo múltiple”, la inculturación como imperativo para la Iglesia, se refuerza la convicción de la pluralidad de formas históricas-concretas de reexpresar la fe. Entra aquí el criterio de la contextualización y la transformación. El lenguaje, método y praxis del proceso adquieren variantes según el contexto. El evangelio ha de responder a las esperanzas y anhelos de los distintos recipientes y areópagos. Como reza el axioma escolástico “lo que se recibe es al modo de quien lo recibe”. Por eso la inculturación puede ser Pentecostés para la Iglesia y es, en fin, una bella ocasión para la conversión y renovación.

Odres nuevos

La demanda de un modelo de Iglesia que favorezca el proceso inculturador (plural, comunional, dialogante, promotor de corresponsabilidad, encarnativo y solidario de la dignidad humana y transformación social) es imprescindible, para poner la inculturación en marcha. Las palabras del Señor son claras: “a vino nuevo, odres nuevos”. La exigencia de una reconversión estructural y organizativa es condición ineludible. Mientras siga vigente un modelo piramidal, la herencia estructural de muchos siglos, será evidente el desajuste entre las palabras, la teología, las directrices del Magisterio y las realizaciones y esfuerzos por la inculturación. La reexpresión plural de la fe supone una conciencia, una savia nueva que demanda nuevas o renovadas estructuras que la faciliten. En el presente la distorsión es evidente, pues la inculturación no puede operarse por vía vertical, sino por participación y corresponsabilidad comunional.

En una retrospectiva histórica general^{2[2]} podemos mencionar muy brevemente tres modelos de Iglesia, que podrían reflejar tres modalidades de la relación evangelio y culturas:

1. Los tres primeros siglos de la historia de la Iglesia han sido considerados bajo el modelo “comunidad de comunidades”, “Iglesia de iglesias”. Son los inicios de la misión y de la construcción de la Iglesia como pueblo de Dios, comunidad de Cristo. La primera Iglesia se desarrolla en situación de minoría y en un contexto de adversidad y persecución. Hay dos líneas que identifican básicamente la relación con las culturas: el paso del judaísmo al mundo pagano, con su testimonio en el acontecimiento del Concilio de Jerusalén (Hch. 15) y la modalidad abierta e inclusiva del apóstol Pablo y las discusiones y esfuerzos del diálogo y síntesis con la cultura griega, con S. Ireneo y S. Justino como sus mejores representantes. El modelo eclesial está caracterizado por la pluralidad, libertad y organicidad básica de las comunidades. Se percibe un interés por ser sensible a la vida de los pueblos, desde su cultura cotidiana, para iluminarlos con la palabra de Cristo y el testimonio de los creyentes (cfr. Carta a Diogneto).

Sin que podamos hablar claramente de inteligencia y desarrollo de códigos para el proceso de reexpresión de la fe, la radicación y expresión de la empresa misionera de la Iglesia presenta perfiles de cercanía con sentido crítico hacia las culturas. Los criterios de la teología paulina, Padres Apostólicos y primera época patrística nos aseguran que la vía de la sensibilidad, el diálogo con la filosofía y el testimonio coherente de muchos creyentes en la persecución y martirio se presentan como argumentos para una relación entre fe cristiana y mundos culturales. No podemos olvidar las tensiones que surgen, las críticas de algunos pensadores cristianos a dicha relación. A pesar de ello la teología de la inculturación encuentra en esta primera etapa eclesial criterios, modelos y líneas positivas.

2. El segundo milenio de la historia cristiana –refiriéndonos más concretamente a Occidente –se desarrolla bajo el modelo societario en la dinámica Iglesia de Cristiandad. Dicho modelo ya se iba gestando en los tiempos de la Baja Edad Media, pero adquiere su relevancia siglos después. La Iglesia es una sociedad de poder, dominio, autoridad política y religiosa. La imposición de las formas culturales de Occidente son evidentes. A pesar de las empresas misioneras, que tratan de abrir resquicios en las formas homogéneas, universalistas y uniformes en la predicación, celebración y estructuras comunitarias, el modelo se profundiza. El criterio de uniformidad se extiende y no hay lugar para experiencias de singularidad. La ruptura con Oriente y el estallido de la Reforma Protestante tendrán respuestas de unidad sólida. Sólo algunas empresas misioneras en América, Asia y hacia el mundo musulmán pueden verse como válvulas de respiro e insinuaciones plurales a la uniformidad. El modelo societario es confirmado en la Contrarreforma Tridentina. Las relaciones fe y culturas son más bien unidireccionales con influencia de la civilización occidental en otras sociedades y culturas. La inculturación tendría, en fin, una importancia insignificante.

3. Con el Concilio Vaticano II se formaliza una nueva relación entre fe y cultura. El impulso inicial se desarrolla con el Sínodo de Obispos de 1974 y el documento que recoge sus orientaciones en *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI. Hay así un camino de ampliar y profundizar la teología de la misión, en su relación con la teología de la cultura, pasando por el Magisterio de Juan Pablo II. Es un proceso abierto de lineamientos teológicos pastorales, que en los comienzos del tercer milenio discierne en torno a los nuevos desafíos.

De todo este período podemos destacar la nueva conciencia de la Iglesia frente al hecho de la (s) cultura (s), su obligada promoción, autonomía y recíproca relación con la vida cristiana. Se va asumiendo la realidad pluricultural y el desafío para la vida y misión de la Iglesia, para ir discerniendo la exigencia de la inculturación. A la base de este camino encontramos la perspectiva eclesiológica que Vaticano II formaliza. Se percibe, como ya indicamos, la necesidad de seguir profundizando en la teología de la cultura, su interrelación con la misión, para legitimar la presencia reveladora y actuante del Espíritu de Dios de la pluralidad cultural y religiosa. Hay, por consiguiente, un horizonte aún sin explorar en estos campos. Pero sobre todo es necesaria la formalización de procesos prácticos de relación fe-culturas, pues es, a fin de cuentas, la práctica la que permitirá el desarrollo de la obligada inculturación.

Es oportuno retomar la reflexión que precede a esta rápida y selectiva mirada a la historia. Indicábamos más arriba la nueva eclesiología de comunión que facilita Vaticano II. Se rescata la dimensión Pueblo de Dios, la pluralidad vocacional y ministerial cristiana, se apunta a la Iglesia local como sujeto de las realizaciones fe-cultura, se valoriza el papel de los agentes de la misión y se insinúa, en fin, la necesidad de avanzar hacia nuevas formas de comunión eclesial en las iglesias locales, los cuerpos de animación y corresponsabilidad episcopal y, sobre todo, la colegialidad episcopal, que favorezca un equilibrio con la necesaria autoridad del magisterio pontificio. Por supuesto que esta comunión eclesial es abierta también al mundo, pues se visibiliza en la naturaleza sacramental de la Iglesia.

La perspectiva Iglesia-Comunión es sumamente sugerente, pero aún está necesitada de desarrollo y profundización en sus implicaciones y exigencias. Así, campos como colegialidad episcopal, niveles de comunión, teología de la Iglesia local, la misión del obispo en los espacios de la comunión, etc... son algunas de las muchas cuestiones necesitadas de ampliación y desarrollo.

En el período del postconcilio hasta el presente se ha progresado, pero así como los teólogos hacen notar la presencia de dos enfoques eclesiológicos en los documentos del Concilio, también en el presente se percibe una tensión entre teología de la comunión eclesial y comportamientos que responden a un modelo anterior, a una concentración de funciones y decisiones que mediatizan los principios y criterios de participación y corresponsabilidad.

La inculturación exige la habilitación de un modelo comunional, que asigne a las iglesias locales un papel protagónico, libertad de acción, estímulo de la creatividad y experimentación, cuidando siempre la necesaria articulación orgánica con el todo eclesial. La Iglesia local, por su lado, ha de promover la dignidad y el derecho de los sujetos culturales, especialmente en los laicos y las comunidades cristianas. Es imprescindible, en fin, desencadenar los procesos del diálogo, del pluralismo en sus distintos ámbitos.

Conclusión

Puede que las aguas inquietas de la inculturación se hayan remansado, pero nunca detenido. El mejor conocimiento de la cultura, la emergencia de las identidades, los derechos de los pueblos, la nueva comprensión del pluralismo, la necesidad del diálogo... desafían a la Iglesia en este inicio de milenio a dar pruebas y testimonio fehaciente de que toma en serio la relación con la modernidad y las transformaciones culturales con la alteridad y el pluralismo. Está exigida de visibilizar los procesos de comunión, diálogo y sacramentalidad en su estructura y misión en el mundo de hoy.

Para la Iglesia de Guatemala el reto se cifra en el empeño por asumir con realismo y serenidad la pluriculturalidad, como hace diez años nuestros obispos enfatizaban (cfr. *500 años...*, 8, 17).

Referencias bibliográficas

CEG (Conferencia Episcopal de Guatemala) (1992) *500 años sembrando el Evangelio*, Carta Pastoral colectiva de los obispos de Guatemala, Guatemala.

JUAN PABLO II (1979) Exhortación Apostólica *Catechesis Tradendae*

(1985) Encíclica *Slavorum Apostoli*. En memoria de la obra evangelizadora de los santos Cirilo y Metodio después de once siglos.

(1990) Encíclica *Redemptoris Missio*. Sobre la permanente validez del Mandato Misionero

(2001) Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*

PABLO VI (1975) Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*. Sobre la evangelización del mundo contemporáneo.

TAPUERCA, Jesús (1996): *Sujeto y agentes de la inculturación*, en Textos Ak' Kutan n.5: *Inculturación, nuevo rostro de la Iglesia*, Guatemala.

TORNOS, Andrés (2001): *Inculturación, Teología y método*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.